



Vol. 5, No. 2, Winter 2008, 301-307

www.ncsu.edu/project/acontracorriente

Review/Reseña

Ricardo Salvatore, *Imágenes de un imperio. Estados Unidos y las formas de representación de América Latina*. Buenos Aires: Sudamericana, 2006.

Cartografías del imperio: Conocimiento y hegemonía en el hemisferio americano

María Sol Porta

Universidad Nacional de San Martín

Bajo su forma más manifiesta—invasiones y anexiones territoriales—o bien en sus expresiones más sutiles de dominio “simbólico”, la presencia de los Estados Unidos al sur del Río Bravo fue abordada por un vasto campo de disciplinas y corrientes académicas que van desde la historia y los estudios poscoloniales hasta los análisis discursivos centrados en los circuitos desiguales y hegemónicos de comunicación e información. Mucho es lo que queda pendiente, sin embargo, a la hora de analizar cómo se construyó esa “mirada imperial” que definió un “nosotros”, un “otros” y, por consiguiente, una “misión” o destino expansionista norteamericano. En *Imágenes de un imperio. Estados Unidos y las formas de representación de América Latina*,

Ricardo Salvatore propone un estudio exploratorio acerca de la construcción discursiva de América Latina como campo de la intervención norteamericana durante las últimas décadas del siglo XIX y la primera mitad del XX. Con este propósito, se embarca en un trabajo “cartográfico” de distintas representaciones acerca del subcontinente que surgieron como resultado de—y al mismo tiempo, legitimaron—la presencia estadounidense en la región.

El libro profundiza y amplía un camino que Salvatore—profesor de historia moderna en la Universidad Torcuato Di Tella—ya adelantaba en un ensayo histórico incluido en el libro *Close Encounters of Empire. Writing the Cultural History of US-Latin American Relations* (Duke University Press, 1998), en el cual además intervino como compilador junto a Gilbert Joseph y Catherine LeGrand: cómo desandar—y el propio autor cita a Edmundo O’Gorman cuando rastrea el proceso de “invención” del continente americano—el camino por el cual diversas narrativas producidas en Estados Unidos construyeron una América Latina “para los americanos” (en el sentido más restringido del término).

Desde los primeros relatos escritos por viajeros y exploradores durante el auge de la expansión mercantil (con la expedición comandada por Charles Wilkes entre 1838 y 1842 como ejemplo destacado) hasta las experiencias que acompañan a las inversiones estadounidenses en plena conformación del capitalismo corporativo de consumo de masas, el análisis de Salvatore se centra en la dimensión discursiva y representacional y, de este modo, se posiciona frente a lo que considera el reduccionismo de los enfoques que se limitan a las dimensiones económica, política y militar. Al soslayar o restar importancia a la dimensión cultural, los análisis marxistas, dependentistas y nacionalistas—asegura Salvatore—no pueden dar cuenta de aspectos clave para entender la persistencia del esquema neoimperial, tales como el papel de las estructuras del conocimiento o la naturaleza representacional de la hegemonía norteamericana en la región.

Para el autor, esta presencia puede ser comprendida bajo el concepto de imperio informal (Gallagher y Robinson), que no requiere de anexiones territoriales ni de intervenciones gubernamentales directas. De allí la importancia de considerarlo como una “construcción

discursiva” que puede ser desmontada a través del análisis de las diversas representaciones que la vehiculizaron y de los argumentos que la constituyeron. A esa tarea se aboca Salvatore y esa elección teórico-metodológica que lo ubica en el nivel de las prácticas representacionales constituirá uno de los aportes más interesantes del libro.

A través de dos conceptos guías, como son los de “tecnologías de representación” y “máquina representacional”, Salvatore se mantiene en la metáfora fabril que señala al conocimiento y al discurso como productos de una construcción. El primero nos habla de los dispositivos que permiten la circulación de representaciones y enunciados acerca de otras culturas. El segundo fue acuñado por Stephen Greenblatt y remite al conjunto de mecanismos que producen y difunden estas representaciones. Los insumos de estas máquinas son las visiones, los supuestos y las impresiones que, recogidas a través de prácticas como observar, registrar, contar, fotografiar, dibujar o cartografiar, son transformados en una trama argumental que, a la vez que delinea una determinada “América del sur”, también define también una misión norteamericana en ella. Es allí, en la relación entre el mensaje y el dispositivo que lo produce, donde Salvatore consigue anclar la dimensión cultural en el terreno económico: las nuevas tecnologías y los nuevos relatos que producen resultan así indisociables de la evolución del capitalismo dentro del propio imperio informal, de su etapa predominantemente mercantil a su versión corporativa, caracterizada por el auge del consumo de masas y la necesidad acuciante de exportar al mundo—a Sudamérica—los productos y el modo de vida norteamericanos.

Conocimiento e Imperio

Tras un primer capítulo dedicado al marco conceptual, Salvatore se detiene en los diversos dispositivos que a partir de mediados del siglo XIX y a lo largo de casi un siglo fueron conformando distintas versiones de América y sus “otros” bajo un mismo imperativo: el de la empresa del conocimiento. De este modo, el capítulo dos está dedicado a las ferias mundiales y a los museos de historia natural como aspectos del “complejo exhibicionario” por el que una cultura se define a sí misma en relación con otras. Aquí, América del Sur aparece relegada al lugar del “retraso” tanto en el orden económico que celebran las exposiciones

(donde a lo sumo cuenta como exportador de materias primas) como en el orden natural (que afirma la superioridad racial norteamericana).

El capítulo siguiente se ocupa de algunas de las más prominentes representaciones textuales y visuales de América del Sur desde 1890 a 1945, en coincidencia con la consideración de la región sudamericana como una nueva “frontera de expansión” de la economía estadounidense. Aquí, Salvatore distingue dos circuitos: por un lado, las colecciones reunidas en bibliotecas y universidades, además de publicaciones como el *Handbook of Latin American Studies* destinadas al público académico. Por otro, la divulgación de información e imágenes de Sudamérica entre el gran público, a través de publicaciones como el boletín de la Unión Panamericana o los informes de la *National Geographic*. Se avizora ya un aspecto que será retomado más adelante: el salto cualitativo que producen las nuevas tecnologías de la representación en la visibilidad que adquiere la región sudamericana ante los ojos norteamericanos.

El capítulo cuarto se remonta en el tiempo hasta los primeros relatos que surgieron de los viajes comerciales en las décadas posteriores a la independencia norteamericana. Ya por entonces la empresa comercial aparecía vinculada a otra más trascendente: generar nuevos conocimientos sobre el mundo, ya fuera un saber “útil”—para mejorar las posibilidades de comercio con la región—o bien un conocimiento científico “general”, que aprovechara las evidencias aportadas por viajeros y coleccionistas aficionados en la formulación de principios generales sobre el orden natural. Las características de las primeras incursiones norteamericanas son ejemplificadas por el primer intento (fallido) de la construcción del ferrocarril trans-amazónico Madeira-Mamoré. En los escritos del diario de viaje de uno de sus constructores, Salvatore rastrea las huellas de un primer paradigma de conocimiento—caracterizado por la intrusión, la violencia racial, el coleccionismo de naturalezas muertas—que, como se analiza en los capítulos quinto y sexto, es superado por el ritmo de los cambios en la empresa comercial estadounidense. Aquí, las modificaciones intrínsecas del capitalismo norteamericano, el auge de la cultura del consumo masivo y las inversiones directas en América del Sur traen aparejadas nuevas tecnologías de la representación—como la fotografía, o los circuitos aéreos—que permiten nuevas formas de visibilidad: la América

mestiza, racial y económicamente “atrasada” de las primeras visiones, es redescubierta en sus nuevos potenciales, con islas de modernidad en sus urbes más avanzadas y en sus clases altas ávidas de consumir productos norteamericanos (y también con ejemplos de gloriosa antigüedad indígena susceptibles de ser exhibidos como legados—o naturalezas muertas—al mundo). En un marco en el que cambian las formas de lucrar y las maneras de conocer, lo que permanece es—dice el autor—la relación entre negocios y conocimiento: Estados Unidos sigue viendo a Sudamérica con los ojos de sus emprendedores industriales y comerciales, ya sea el afán etnográfico del ingeniero Rankin Johnson durante la construcción del ferrocarril Antofagasta-Oruro (1906-1909) en Bolivia o la lucha de la medicina tropical y la ingeniería contra la naturaleza amazónica, en el caso de la conclusión del ferrocarril Madeira-Mamoré y la ciudad modelo de Porto Velho ideada por Percival Farquhar (1907-1912).

En el séptimo capítulo, Salvatore analiza las huellas de este viraje en el plano de los discursos y de los enunciados. Y, en este sentido, resulta un acierto la decisión de atender a las metáforas: durante el siglo XIX era frecuente la alusión al “infantilismo” político de Sudamérica (con sus “repúblicas jóvenes”, incapaces de darse a sí mismas gobiernos estables), a la necesidad de una tutela por parte de un “hermano mayor” hasta que llegara el momento de la “madurez”. Ya en el siglo XX, el centro estará puesto en la “seducción” y en un acercamiento a través de la inducción al consumo. En todos los casos, concluye Salvatore, es la empresa del conocimiento, como “constructo ideológico” de notable permanencia, lo que legitima las incursiones norteamericanas y la hegemonía que caracteriza al imperialismo informal.

En marcado contraste con los enfoques que abordan la cuestión imperial desde el lado de los dominados o los subalternos (y reacciones que van desde la resistencia hasta la complicidad) Salvatore se concentra en los procesos a través de los cuales el imperio define a los otros y, en esa mirada, se construye a sí mismo. En ese giro está quizás uno de los aportes más interesantes del libro, sumado a la idea de que no se trata de un discurso monolítico: es producto de la coexistencia de numerosos enunciadores, desde las universidades donde empieza a conformarse el campo de los estudios latinoamericanos, hasta las

sociedades filantrópicas y las misiones evangelizadoras. Y, detrás de sus diferentes versiones, lo que da unidad al discurso imperial es la empresa del conocimiento como “lenguaje de autoridad”.

Y si, justamente, Salvatore puede dar cuenta de estas distintas enunciaciones, esto es gracias a su elección de apartarse de los grandes modelos explicativos y acercarse al nivel de las prácticas: es en las operaciones más concretas y cotidianas donde se construye, se reconstruye y se reinventa la hegemonía. En el plano arquitectónico de una ciudad-compañía o de un ferrocarril; en el encuadre elegido para una foto; en la preocupación social de los misioneros; en la disposición de los objetos en un *stand* de exposiciones; en los cuestionarios de las encuestas sociales o de mercado: es allí donde se pone en juego, se actualiza y se reinventa el discurso que, en un nivel más macro, sustentará luego las políticas expansionistas y neoimperiales.

Esta concepción de la construcción de la hegemonía como un proceso que sólo en contadas ocasiones exige la medida extrema de la violencia directa—y que, por el contrario, muchas veces se encarna en la violencia simbólica que se produce en genuinas búsquedas científicas o bienintencionados proyectos de modernización y progreso social—es la que permite entender de qué modo Estados Unidos fue “descubriendo” a su propia Sudamérica. En palabras del autor:

De una América Latina genérica surgió una región diferente, ‘América del Sur’, con huellas de modernidad y antigüedad, un nuevo híbrido ya no representable como un indio, un otro absoluto, incapacitado para el progreso y la civilización. El Panamericanismo activó el despliegue de una nueva ideología para la incorporación de América del Sur a la órbita de los Estados Unidos: un aspecto era la posibilidad de asimilación cultural a través de la penetración en los mercados; otro, una mayor cooperación institucional y profesional entre los ciudadanos del norte y del sur. Curiosamente, ambas formas de involucramiento se conceptualizaron como partes de la empresa del conocimiento.

A partir del marco propuesto por el libro, es posible pensar en líneas de investigación complementarias que se centren o bien en la recepción de estos discursos en Sudamérica o—y esto es algo que Salvatore menciona pero que sería muy interesante ver plasmado en un nuevo ensayo—en la recepción de estos discursos por parte del gran público norteamericano: en qué medida el “estadounidense promedio”—si es que existiera tal cosa—se apropia del discurso del imperio informal o participa de su construcción. Concretamente, qué

significados se producen en esta circulación de dispositivos de consumo masivo—tales como las revistas de divulgación o las exposiciones—que aparecen mencionados en el trabajo.

Con abundante documentación en lo que hace a relatos y diarios de viajes, fotos e imágenes de las ferias mundiales, quedaría pendiente la promesa implícita de ahondar en el corpus definido por otro tipo de enunciados, tales como los producidos en los centros de estudios latinoamericanos de las universidades estadounidenses, los estudios de mercado o las misiones filantrópicas y religiosas. El trabajo de Salvatore es también un punto de partida para pensar en las representaciones textuales y visuales que surgen en el contexto de otros “encuentros” propios de la actual sociedad de consumo, tales como los que proponen la industria del turismo, las industrias culturales, la publicidad y los mass media en general. Ausencia que no debe ser atribuida a un problema de la investigación, sino a las limitaciones propias de cualquier recorte y, más en este caso, de un marco general como el que propone Salvatore, pero que invita sin embargo a pensar en trabajos más específicos sobre éstas y otras intervenciones a través de las cuales, día a día, se levanta un imperio.